

Joyas
de
bolsillo

Garantizamos su emoción personal
y el suspenso hasta el fin

AVENTURAS BAJO EL MAR



por FREDERIK POHL
y JACK WILLIAMSON

FREDERIK POHL
y
JACK WILLIAMSON

AVENTURAS
BAJO
EL MAR

ORGANIZACIÓN EDITORIAL NOVARO, S.A.

D.R. © MAYO DE 1970, ORGANIZACIÓN EDITORIAL NOVARO, S.A.
DONATO GUERRA, N^o 9, MÉXICO 1, D.F.
PRIMERA EDICIÓN, MAYO DE 1970

Título de este libro en inglés: UNDERSEA FLEET
Traducción de M. CICERO

Copyright 1956, por Frederik Pohl & Jack Williamson
Todos los derechos reservados

IMPRESO Y HECHO EN México
PRINTED AND MADE IN MEXICO

1...El Éxtasis de la Profundidad

Subimos a bordo de la nave gimnasio a las 0400.

Faltaba aún mucho para que amaneciera. El mar semejaba un tranquilo espejo negro que se revolvía suavemente bajo la luz de las estrellas. De pie, en posición de firmes, podía ver por el rabillo del ojo los lejanos muelles de la Academia Submarina como una mancha de luz que contrastaba contra el oscuro y bajo contorno de las Bermudas.

— ¡Cadetes! ¡Atención! —profirió vivamente el capitán cadete Roger Fairfane.

Todos los que estábamos allí formados adoptamos inmediatamente la posición de firmes. La nave gimnasio era una gigantesca balsa submarina, tan airosa y elegante como podría serlo un iceberg. Los remolcadores submarinos se arremolinaban a su alrededor como pequeñas y atareadas tortugas, remolcando y tirando de la balsa desde varios puntos con el objeto de llevamos mar adentro. Todavía estábamos en la superficie, de pie, formados sobre la cubierta de la nave gimnasio para pasar lista; pero la balsa ya estaba comenzando a chapotear y a cabecear sobre las olas del mar abierto.

Sentí un ligero estremecimiento causado no únicamente por las ráfagas de viento procedentes del lejano Atlántico, sino también por una hormigueante excitación: ¡Estaba de nuevo en la Academia Submarina! Allí formados podía percibir la ansiedad de Bob Eskow, de pie a mi lado. Ambos habíamos perdido toda esperanza de volver a pasar lista como cadetes, y, sin embargo, ¡allí estábamos nuevamente!

— ¡Jim, Jim! —susurró Bob—. Esto lo impresiona a uno, ¿no es cierto? Estoy comenzando a tener la esperanza de que...

Se interrumpió bruscamente cuando toda la formación guardó silencio repentinamente; pero no necesitaba terminar la frase: yo sabía lo que él quería decir.

Bob y yo —me llamo Jim Eden y soy cadete de la Academia Submarina— casi habíamos perdido toda esperanza durante algún tiempo. Fuimos expulsados ignominiosamente de la Academia, pero habíamos luchado por volver a ella y otra vez éramos cadetes y estábamos a punto de graduarnos. Comenzaba un nuevo año para nosotros con las tradicionales pruebas de buceo necesarias para calificar. Ese era el problema para Bob, ya que había algo en su constitución física contra lo que había luchado, sin poder derrotarlo completamente, algo que hacía que el buceo fuera tan difícil para él como, digamos, el saltar en paracaídas sería para un hombre que le tuviera miedo a la altura. En Bob, no era miedo ni debilidad, simplemente era algo inherente en él.

— ¡Efectúen conteo!

El capitán Fairfane dio la orden y toda la extensa línea que formábamos fuimos pasando lista en voz alta. En la oscuridad —todavía faltaba mucho para que amaneciera— no podía ver el extremo más lejano de la fila, pero podía ver al capitán cadete Fairfane a la luz producida por la linterna que llevaba en la punta su bastón de mando. La figura rígida del capitán, la ininterrumpida fila de cadetes que se desvanecía en la oscuridad, el opaco resplandor de la cubierta del barco gimnasio, la blanca fosforescencia de las crestas de las olas, todo el conjunto formaba una sugerente escena.

¡Éramos los hombres que pronto estaríamos al mando de la Flota Submarina!

Todos y cada uno de nosotros habíamos trabajado con ahínco para llegar a ser lo que éramos. Aquello era por lo que Bob Eskow había pasado inflexiblemente, día tras día, por el rudo y agobiante programa de pruebas, de trabajo y de estudio. Las profundidades del mar son semejantes a una droga —solía decir mi tío Stewart Eden, quien había dedicado toda su vida a ellas—; algunas veces son excesivamente amargas, pero una vez que uno las ha probado, ya no puede vivir sin ellas.

— ¡Comandantes de cuadrillas! ¡Repórtense! —rugió la voz del capitán Fairfane.

— ¡Primera cuadrilla, todos-listos-y-presentes-SEÑOR!

— ¡Segunda cuadrilla, todos-listos-y-presentes-SEÑOR!

— ¡Tercera cuadrilla, todos-listos-y-presentes-SEÑOR!

El capitán cadete devolvió el saludo a los tres comandantes de cuadrilla, dio media vuelta muy erguido y saludó al teniente Blighman, nuestro instructor de buceo.

— ¡Todos-listos-y-presentes-SEÑOR! —profirió en voz alta el capitán.

El instructor de buceo, Blighman, respondió al saludo desde el lugar donde estaba de pie a sotavento de la superestructura de proa. Avanzó rápidamente con largos y ágiles pasos, dando muestras de la soltura de piernas y el porte de un submarinista veterano. Era un hombre alto, huesudo y moreno, con cara de tiburón famélico. No era más que una sombra para quienes estábamos formados en la fila — el primer resplandor rosa y púrpura apenas comenzaba a aparecer en el horizonte—, pero yo podía sentir cómo sus ávidos ojos recorrían la fila de un lado a otro. El instructor Blighman era conocido en toda la Academia como un oficial rudo y exigente. Si era necesario, se pasaba horas trabajando con nosotros para estar completamente seguro de que hasta el último cadete de sus cuadrillas había sido instruido a la perfección en cada uno de los movimientos que

tendría que efectuar bajo la superficie del océano. El desprecio que sentía por los debiluchos era ya algo legendario, y para él, todo el que no pudiera igualar sus propios récords de profundidad y resistencia era un debilucho.

Quince años antes, sus récords habían sido insuperables en todo el mundo, lo que los hacía difíciles de igualar. Cuando él hablaba, todos lo escuchábamos con atención.

— ¡En descanso! —vociferó—. Hoy van a sumergirse para obtener sus calificaciones en buceo de profundidad. Quiero que todos los hombres que están en la balsa pasen al primer intento. Todos están en condiciones físicas para lograrlo, me han dicho los doctores. Todos saben lo que tienen que hacer, pero se lo voy a explicar una vez más por si acaso alguno de ustedes estaba sordo o dormido. ¡Así no tendrán excusa alguna para no calificar!

"El buceo es una parte de su entrenamiento en la Academia. Todo cadete tiene que calificar en un deporte submarino para poder graduarse; y no podrán calificar para ningún deporte si no califican en buceo, precisamente esta mañana y en este lugar."

Se interrumpió y pasó la vista por todos nosotros. En ese momento pude ya distinguir su rostro, envuelto entre sombras, pero con las facciones fuertemente marcadas.

—Tal vez ustedes piensen que nuestros deportes submarinos son rudos —continuó diciendo—. Lo son. Así los preparamos. Lo que ustedes aprenden en los deportes submarinos de esta Academia, tal vez algún día les ayude a salvar las vidas de otras personas, ¡o tal vez sean sus propias vidas las que salven!

"Los deportes marinos son rudos porque el mar es rudo. Si alguna vez han visto al mar golpear contra un casco y abrirse camino por una vía de agua o por algún defecto en la presión de la cúpula de una ciudad, entonces ya lo sa-

ben. Si nunca lo han visto, entonces créanme..., el mar es rudo.

"Tenemos un enemigo, caballeros; el nombre de ese enemigo es «la presión hidrostática». Cada minuto que pasamos bajo el agua ese enemigo está a nuestro lado; siempre mortífero, siempre esperando. Uno no puede permitirse el cometer errores cuando está a tres kilómetros de profundidad. De modo que si van a cometer algún error, si van a sumergirse para quedar a merced de la presión, sigan mi consejo y háganlo hoy y aquí. Cuando uno se encuentra en las grandes profundidades, ¡un error significa que alguien muere!

" ¡La presión hidrostática! Nunca la olviden. Significa aproximadamente ciento veinte gramos sobre cada centímetro cuadrado por cada metro que uno se sumerge. A dos kilómetros de profundidad, y dos kilómetros no son nada, caballeros, son apenas el principio de las grandes profundidades, eso se convierte en casi un cuarto de tonelada haciendo presión sobre cada centímetro cuadrado, o sea: ¡varios miles de toneladas haciendo presión sobre la superficie de un cuerpo humano!

"Ningún ser humano que haya sido expuesto a tal castigo ha logrado sobrevivir para contarlo. No puede hacerse sin llevar puesto un traje de presión, y el único traje de presión que puede soportar tal presión es el fabricado con edenita."

Bob Eskow estaba parado a mi lado y me dio un ligero codazo. ¡Edenita! El gran invento de mi tío. Permanecí parado más erguido que nunca, escuchando y tratando de no demostrar el orgullo que sentía.

Aún había muy poca luz, pero al teniente Blighman no se le pasaba nada y miró severamente en dirección de Bob antes de continuar diciendo:

—Vamos a intentar algo nuevo hoy, novatos; van ustedes a ayudar a toda la flota. Vamos a tratar de alcanzar mayores profundidades, no solamente utilizando trajes de edenita sino también buceando sin ellos. No estamos únicamente tratando de perfeccionar día a día nuestro equipo, sino que los médicos marinos están tratando también de perfeccionarnos a nosotros. Hoy, por ejemplo, una parte de su prueba será el experimentar con una nueva clase de inyección que los ayude a adaptarse a la profundidad. Después de que nos sumerjamos, todos ustedes se presentarán con el doctor para que les administre una de esas inyecciones. Se supone que les ayudará a luchar contra los daños en los tejidos del cuerpo y contra la narcosis; dicho en palabras más simples, los hará más fuertes y les despejará la mente. Tal vez dé resultado, no lo sé. Me han dicho que no siempre es así y que en realidad, algunas veces actúa al revés. . . ¡La narcosis! Ese es el peligro principal del buceo sin traje especial, señores. Cuando lleguen más abajo de cierto nivel, sabremos quiénes son realmente verdaderos peces y quienes son simples medusas; porque más abajo de las cincuenta brazas tropezaremos con lo que se conoce como “el éxtasis de la profundidad” —hizo una pausa y nos miró muy serio—. El éxtasis de la profundidad, es una forma de locura que mata. He conocido hombres que estando en el fondo se han arrancado las mascarillas de la cara. A los que sobrevivieron a ello les he preguntado por qué lo hicieron y me han respondido cosas extrañas como: “Quería regalarle la mascarilla a un pez.” ¡Eso es indicio de locura! Y estas inyecciones quizá los ayuden a luchar contra ella. Comoquiera que sea, los médicos marinos dicen que ayudarán a algunas medusas como ustedes, pero que algunos otros encontrarán que las inyecciones les producirán tal vez un efecto contrario y que quizá los hagan más sensibles en vez de menos sensibles.

Oí que Bob Eskow murmuraba lúgubrementemente para sí:

—Uno de esos seré yo; esa es mi suerte.

Comencé a decir algo para animarlo, pero los famélicos ojos de Blighman miraban en nuestra dirección y me contuve.

— ¡Escúchenme..., si quieren vivir! —rugió Blighman—. Algunas personas pueden resistir la presión y otras no. Esperamos poder separar hoy a aquellos de ustedes que no la resistan, si es que hay alguno. Si no la resisten, vigilen las siguientes señales de advertencia: Primera: tal vez sientan un fuerte dolor de cabeza. Segunda: quizá vean rayos luminosos de diversos colores. Tercera: probablemente tengan lo que los doctores han dado en llamar "alucinaciones auditivas"; como el repiquetear de campanas en el fondo del océano y esa clase de cosas. Si ustedes advierten cualquiera de esas señales, regresen inmediatamente a las compuertas, los haremos entrar y los doctores se encargarán de alejar el peligro.

"Pero si hacen caso omiso de esas señales... —hizo una pausa mirando con frialdad a Bob Eskow quien permaneció rígido y callado, pero pude notar que se había puesto tenso—. Recuerden —continuó diciendo el instructor sin terminar la oración anterior—, recuerden, la mayor parte de ustedes podrán encontrar empleo en las líneas de trasatlánticos comerciales si no logran graduarse aquí. No queremos que ningún cadete muera —consultó su reloj y dijo—: Creo que eso es todo. ¡Capitán Fairfane, haga romper filas a sus hombres!"

El cadete capitán Fairfane se adelantó al centro y vociferó:

— ¡Descanso para desayunar! La nave se sumergirá dentro de cuarenta minutos. Todas las cuadrillas deberán acudir a recibir sus inyecciones contra la profundidad antes de ponerse sus equipos. ¡Formación, rompan filas!

Bob y yo desayunamos de pie y nos apresuramos a subir por la escalera. La mayor parte de los otros estaban aún desayunándose, pero Bob y yo no sentíamos demasiado interés por la comida, entre otras cosas, porque la Academia estaba experimentando con raciones de profundidad que tenían un ligero sabor a agua de pantoque, y además, ambos deseábamos ver la salida del sol sobre el mar abierto.

Todavía faltaba mucho para esto último; las estrellas aún brillaban sobre nuestras cabezas, no obstante que el horizonte ya estaba ribeteado de color. Estábamos parados casi solos sobre la larga y oscura cubierta. Caminamos hasta la orilla del barco y nos agarramos a la barandilla con ambas manos. A popa, una barcaza estaba descargando dos sondómetros que servirían para medir y comprobar nuestro buceo desde la misma cubierta de la balsa. Una cuadrilla de trabajadores estaba subiendo uno de ellos sobre la cubierta por medio de una grúa. Ambos sondómetros serían instalados allí y serían maniobrados por cadetes oficiales que vestirían trajes de presión de edenita, y quienes proporcionarían un récord gráfico y constante de nuestras calificaciones.

La barcaza se alejó resoplando y la cuadrilla de trabajadores comenzó a asegurar con pernos el primero de los sondómetros. Bob y yo nos volvimos a mirar al frente, a las oscuras aguas.

—Tú lograrás hacerlo, Jim —dijo de pronto Bob—; no necesitas que te pongan ninguna inyección.

—Tú también lo lograrás.

Me miró en silencio. Luego sacudió la cabeza y dijo:

—Gracias, Jim. Quisiera poder creerte —miró en dirección al agua, arrugando la frente. Su lucha por combatir los efectos del buceo era ya algo que lo había obsesionado hacía mucho tiempo—. El éxtasis de la profundidad; es un bo-

nito nombre, Jim, pero es algo horrible... —se irguió sonriendo y agregó—: Lo venceré. ¡Tengo que hacerlo!

No supe qué decirle; afortunadamente no tuve que decir nada porque otro cadete cruzó la cubierta en dirección a nosotros, nos dijo algunas palabras y se paró a mi lado mirando al negro espejo de agua y al brillo de las estrellas que se reflejaba en él, iluminado suavemente por el cerco de luz que comenzaba a aparecer en el horizonte. No reconocí al cadete; obviamente era un cadete del primer año, pero no pertenecía a nuestra cuadrilla.

— ¡Qué extraño espectáculo! —dijo hablando casi para sí—. ¿Siempre es así?

Bob y yo intercambiamos una mirada. No cabía duda de que se trataba de un novato procedente quizá de algún pueblo de Indiana y quien veía por primera vez cómo era realmente el mar.

—Ya estamos acostumbrados a él —le respondí con cierta condescendencia—. ¿Es ésta tu primera experiencia con las profundidades del mar?

— ¿Con las profundidades del mar? —contestó mirándome con sorpresa y luego sacudió la cabeza negativamente—. No me refería al mar, me refería al cielo. ¡Uno puede ver tan lejos! Y las estrellas y el sol que comienza a salir. ¿Hay siempre tantas estrellas?

—Generalmente hay muchas más —respondió secamente Bob—. ¿Nunca antes habías visto estrellas?

El extraño cadete sacudió la cabeza y había un raro apagamiento de asombro en su voz cuando contestó:

—Muy pocas veces.

Ambos lo miramos asombrados y Bob refunfuñó:

—Pues, ¿quién eres tú?

—Me llamo Craken, David Craken —respondió y volviendo sus negros ojos hacia mí, agregó—: Tú eres Jim

Eden. Tu tío Stewart Eden es el inventor de la edenita.

Asentí con la cabeza, un poco desconcertado por la vehemente reverencia que denotaba su voz. Yo estaba orgulloso de la armadura formada por una membrana eléctrica de edenita que había inventado mi tío y que hacía actuar a la presión contra sí misma, permitiendo de ese modo que los hombres hubieran podido llegar hasta el fondo del océano; pero mi tío me había enseñado a no vanagloriarme de ella.

—Mi padre conoció a tu tío —se apresuró a decirme David Craken— hace ya muchos años, cuando ambos trataban de resolver el problema de la presión de las grandes profundidades. . .

Se interrumpió súbitamente y me le quedé mirando con cierto enojo. ¿Estaba él tratando de decirme que mi tío había recibido la ayuda de alguien al perfeccionar la edenita? Eso no era cierto; tío Stewart jamás habría vacilado en decirlo si fuera verdad y él nunca había mencionado a ningún otro hombre.

Esperé a que el desconocido se explicara, pero no hubo mayor explicación por parte de él, únicamente emitió un sonido entrecortado.

— ¿Qué sucede? —inquirió Bob Eskow.

David Craken estaba mirando fijamente en dirección del agua, tan tersa y calmada como un charco de aceite, ligeramente iluminada por el suave resplandor de colores del sol naciente; pero algo lo había asustado.

Señaló con el dedo. Vi un leve arremolinamiento de luz y un ligero movimiento de las olas a varios cientos de metros de la balsa gimnasio, hacia el mar abierto. Eso fue todo.

— ¿Qué fue eso? —preguntó con voz entrecortada.

— ¡Parece que vio algo! —me dijo Bob con una risita—. Yo también alcancé a vislumbrarlo. .. Me pareció que era un

banco de atunes. Supongo que vendrán de los criaderos de las Bermudas —le sonrió al otro cadete y le preguntó—; ¿Qué creías que era, una serpiente marina?

David Craken nos miró con rostro inexpresivo y contestó:

—Pues sí; pensé que tal vez eso pudiera haber sido.

¡De qué modo lo dijo! Como si fuera absolutamente posible que hubiera habido realmente una serpiente marina allí, surgiendo de entre los bancos de las aguas poco profundas de las Bermudas. Lo dijo como si las serpientes marinas fueran algo real y muy conocido para él; tal como cualquiera de nosotros podría haber dicho: “Pues sí; pensé que tal vez era un tiburón.”

—Déjate de bromas —le dijo Bob con aspereza—. No estarás hablando en serio y si de veras lo crees..., ¿cómo fue que te admitieron en la Academia?

David Craken le lanzó una mirada y luego miró a lo lejos. Durante un momento se inclinó hacia adelante sobre la barandilla con los ojos fijos en las olas que se extendían frente a nosotros. La fosforescencia había desaparecido y ya no había más que ver.

Se volvió a mirarnos y se encogió de hombros sonriendo ligeramente.

—Tal vez era un banco de atunes; eso espero.

— ¡Estoy seguro de que lo fue! —afirmó Bob—. No hay serpientes marinas en la Academia. ¡Eso es una superstición estúpida!

—No soy supersticioso, Bob —dijo David Craken después de un momento—, pero créeme, existen cosas en el fondo del océano que..., bueno, cosas que tal vez no crearías.

— ¡Muchacho! —exclamó Bob mordazmente—. ¡No necesito que ningún novato me venga a contar lo que hay en

las profundidades del océano! Ya he estado allí. . . ¿No es verdad, Jim?

Asentí; Bob y yo habíamos recorrido juntos Cúpula Thetis, en la lejana y profunda Marinia misma, la nación de las ciudades sumergidas, cubiertas por cúpulas, situada a una gran profundidad bajo las oscuras aguas del Pacífico, donde ambos habíamos luchado contra los Sperry y estuvimos a punto de sucumbir.

—La Flota Submarina ha explorado los océanos a conciencia —continuó diciendo Bob—, y que yo sepa, no se han encontrado con ninguna serpiente marina. Oh, existen cosas extrañas, eso te lo garantizo, pero ha sido el hombre quien las ha puesto allí. Hay enormes tuberías que corren como ferrocarriles subterráneos debajo del lecho del océano, y modernas ciudades cubiertas por cúpulas; buscadores de minas submarinas que recorren de un lado a otro el lecho del mar; pero no existe ninguna serpiente marina, ¡porque ya la habrían visto! Es una superstición tonta y déjame decirte una cosa: aquí, en la Academia, no creemos en esas supersticiones.

—Tal vez deberían hacerlo —repuso David Craken.

— ¡Despierta, muchacho! —exclamó Bob—. Te digo que ya he estado en las grandes profundidades..., no trates de contarme lo que hay allí. Las únicas veces que Jim o yo oímos hablar de serpientes marinas durante todo el tiempo que estuvimos en Marinia, fue en boca de estúpidos viejos hilanderos que trataban de que les pagaras las copas contándote puras mentiras. ¿Dónde has oído esa clase de historias, Craken? ¿Allá en Iowa, o en Kansas, o en el lugar de dónde vienes?

—No —respondió David Craken—, no vengo de ninguno de esos lugares —titubeó y nos miró de un modo extraño—. Yo. . . yo nací en Marinia. He vivido allí toda mi vida, a casi siete kilómetros de profundidad.